

REDACCIÓN

CALLE DEL TUTOR, NÚMERO 41

NUMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRO, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes. 1 peseta
 { Trimestre. ... 2,50
 { Año. 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS { Un Trimestre. 8 pesetas
 { Semestre. 6
 { Año. 12

Dentro de breves días se pondrá á la venta

EL ALMANAQUE

de "DON QUIJOTE,"

PARA 1894

CANTARES

Al tuerto Muley Araaf
se parece mi gitana,
que padece mal de ojo
el que con ella se trata.

No vayas, curra, al Polígono,
porque allí hay contrabandistas
y si te ven los civiles,
por fea, te decomisan.

Contando al tuerto Araaf,
tres cosas me desesperan:
El hijo de Maimoncillo
y mi gitanilla perra.

Las tropas no comen carne,
te lo juró puesto en cruz;
comen bacalao, truchuela...
gitana no vayas tú.

Permita Dios que te veas,
gitana una noche fría,
disfrazada de riffeno,
y ante los que manda Ariza.

Sultana del Riff quisiera,
gitana, que fueses tú,
pa que en el primer ataque,
perdieras el Gurugú.

MARTÍNEZ CAMPOS

El llamado «héroe de Sagunto» ha sido nombrado general jefe del ejército expedicionario de Africa.

Declaramos sinceramente que no nos ha disgustado este nombramiento. El general Martínez Campos es hombre de suerte. El acabó con la guerra del Norte y con la de Cuba. La fortuna le ha sido siempre propicia. No puede, como Napoleón, hablar de tú á la victoria; pero tiene motivos más que suficientes para estar satisfecho de sí mismo.

Sí, un hombre de suerte ese Martínez Campos. No hay en él el talento táctico, «el golpe de vista» de los grandes estratégicos. Pero cuenta, en cambio, con su buena estrella. Y ya lo ha dicho la frase popular:

«Fortuna te dé Dios, hijo,
que el saber de poco vale.»

**

No queremos ver en ese hombre más que un soldado de la patria. En estos momentos ponemos en olvido toda la serie de torpezas que constituyen su vida política. El es, por mandato del gobierno, el encargado de vengar la ofensas que nos han inferido esos salvajes del Riff. Si sabe cumplir con su deber, nosotros seremos los primeros en tributarle un aplauso.

**

Pero, ¡por Dios! basta ya de inútiles dilaciones.

Castiguemos como se merecen á las kábilas del Riff, vengamos á nuestros soldados muertos, construyamos el fuerte de Sidi Aguariasch y terminemos la guerra lo antes posible.

El país hállese perturbado con esta funesta campaña. Si, general; hay muchos hogares abandonados, muchas pobres mujeres sin hijos y sin esposos, y mucha intranquilidad, mucha angustia en todos los corazones.

Es necesario que cuanto antes la nación vuelva á su vida normal. La gloria se conquista de una vez, ó no se conquista nunca. Una batalla decisiva y única es lo que pide la opinión.

**

Los momentos son supremos para la patria. Cuan-

do nuestros lectores reciban este número acaso hayan ya comenzado las operaciones de Melilla.

Saludemos con entusiasmo al ejército expedicionario y hagamos votos porque la fortuna le sea propicia.

DESCONFIEMOS

Estemos alerta. La brusquedad del cambio de procedimiento efectuado en el gobierno, es para inspirar desconfianza. Los tiempos son difíciles, y esta dificultad obliga á una vigilancia recelosa. Los intereses del gobierno actual y los de la Nación pueden ser diferentes, quizás opuestos.

La política de bandería, de pandillaje, inspira los actos de los hombres que hoy, por malquerencia de la suerte, rigen los destinos de España.

Su norma de conducta ya la conocemos: las conveniencias de partido antes que las de la patria. Política de estómago.

El poder, la dominación, es su único objetivo. Crearon el conflicto de Melilla para separar la atención de las matanzas de San Sebastián y de Montblanch, para ahogar las protestas de los productores sacrificados á la testaruda vanidad de Gamazo, para acallar el vocerío estruendoso de las provincias mortalmente heridas en sus intereses.

El miedo á un sacudimiento violento que pudiese término á tantas vergüenzas, el instinto de conservación, alarmado ante la actitud agresiva de la nación en masa, les inspiró la idea de aprovechar el fanatismo religioso de los riffenos.

Torpes en todo, no tenían noticia del número de hombres que en pie de guerra podían poner las kábilas, ni del armamento moderno que poseían. Para ese desdichado ministro de la Guerra, para el pobre López, era empresa facilísima arrojar más allá del Atlas al Riff entero con un par de batallones. Y una batalla ganada á los moros, los enemigos tradicionales de nuestra raza, era la redención de este gobierno, el olvido y el perdón de todas sus torpezas.

Los hechos se encargaron de demostrar el error en que estaban. Nuestros valientes soldados han sido conducidos al matadero por las torpezas de ese pobre López. Perfectamente atrincherados, resguardados por las escabrosidades del terreno, los moros se han hartado de cazar á mansalva á nuestros soldados.

Los rugidos de la opinión, dolorida por la sangre derramada, furiosa por la bochornosa actitud en que se nos coloca ante Europa, despertó el recelo de nuestros ministros. Ayer hallábanse apocados y reacios, tratando de tapar su miedo con grotescos pretextos de prudencia, y hoy, por virtud de ignorado conjuro, las medrosidades se han trocado en vértigo convulsionario de acometividad, en sueños quijotescos de quiméricas conquistas y fabulosas hazas.

Desconfiemos de este cambio de actitud.

Hay que vivir alerta.

EL JURAMENTO

—Juro por Alá que parto
para Melilla esta noche,
á pelear como bueno...

—Témplese el buen Ali-López.

—A demostrar cómo mueren
los que han de buenos blasones,
y que en la testa me caben
veinte, treinta ó cien mil hombres.

—Serénese, Ben Domínguez,
serénese y no se enoje.

—Al Africa ó á la tumba
y homni soi qui mal y ponche.

Yo necesito que sepan,

los de Coin electores,

los que de moros valientes

conservan las tradiciones,

cómo Ali-López pelea,

y lo que vale Ali-López.

—Tranquilese el buen moro.

—No quiero más dilaciones:

O á Melilla ó á mi casa,

donde ninguno me tope,

donde, olvidado y oculto,

rotos adarga y mandoble,

ni de quién fui dé noticia,

ni mi vergüenza se note.

—A Melilla ó á mi casa!

—Bien; pero no te acalores;

ya conocemos la letra.

—Lo dicho.

—No te sofiques.

—Ni el kady de Barcelona,

ni Mahoma en forma de hombre,

me quitan á mí ese puesto.

—Venirme á mí con leones!

—Leoncitos y á estas horas!

como dijo DON QUIJOTE.

**

—Ya está en Africa el caudillo
que ha de mandar á la gente.



Aunque este príncipe es tuerto tiene el ojo muy abierto.



Nació cerca de Melilla mas negro que una morcilla.



Cuando en el Haren, entraba por lo horroroso asustaba.



Aprovechan que es un bruto para que cobre el tributo.



Por un inicuo despojo un Santón le saltó un ojo.



Le dió por cortar cabezas como si fueran cerezas.



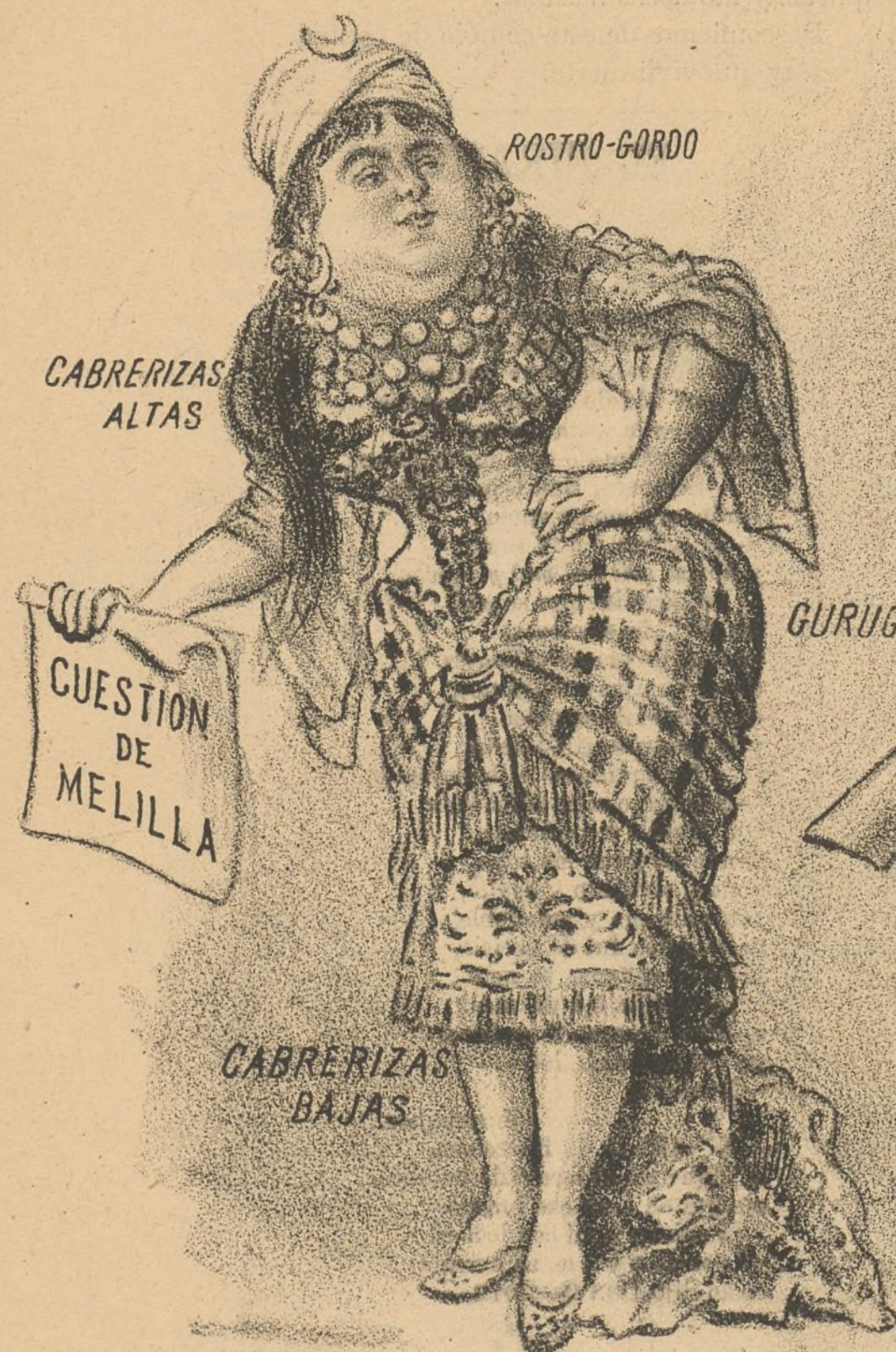
Va á Melilla y á Mazuza á sacar leche á una alcuza.



Entabla negociaciones y hasta pide cañamones.



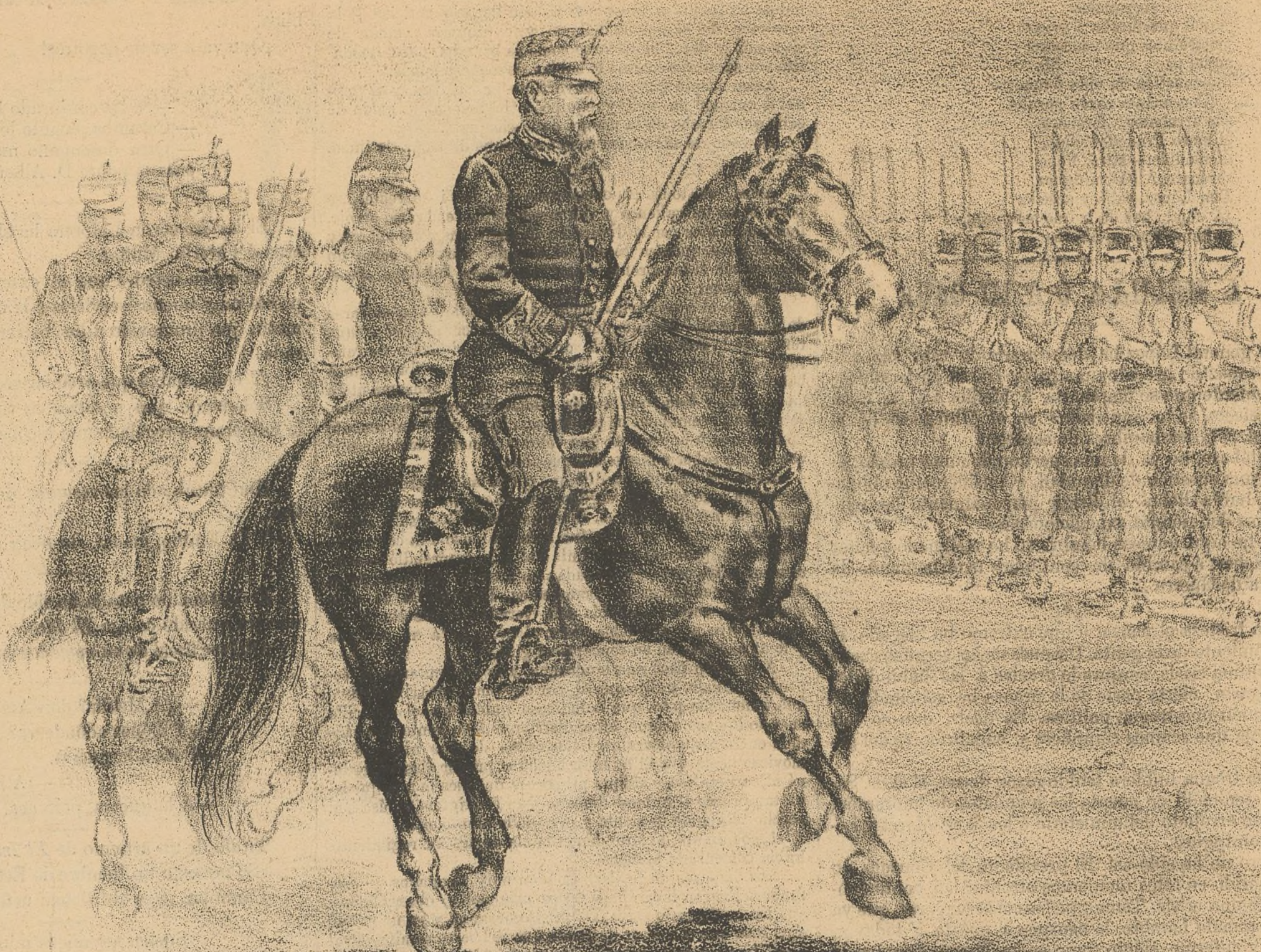
Concluiren en Chafarinas vendiendo babuchas finas.



Tago un mausolicio con el Mauser, si no te rindes surtana.



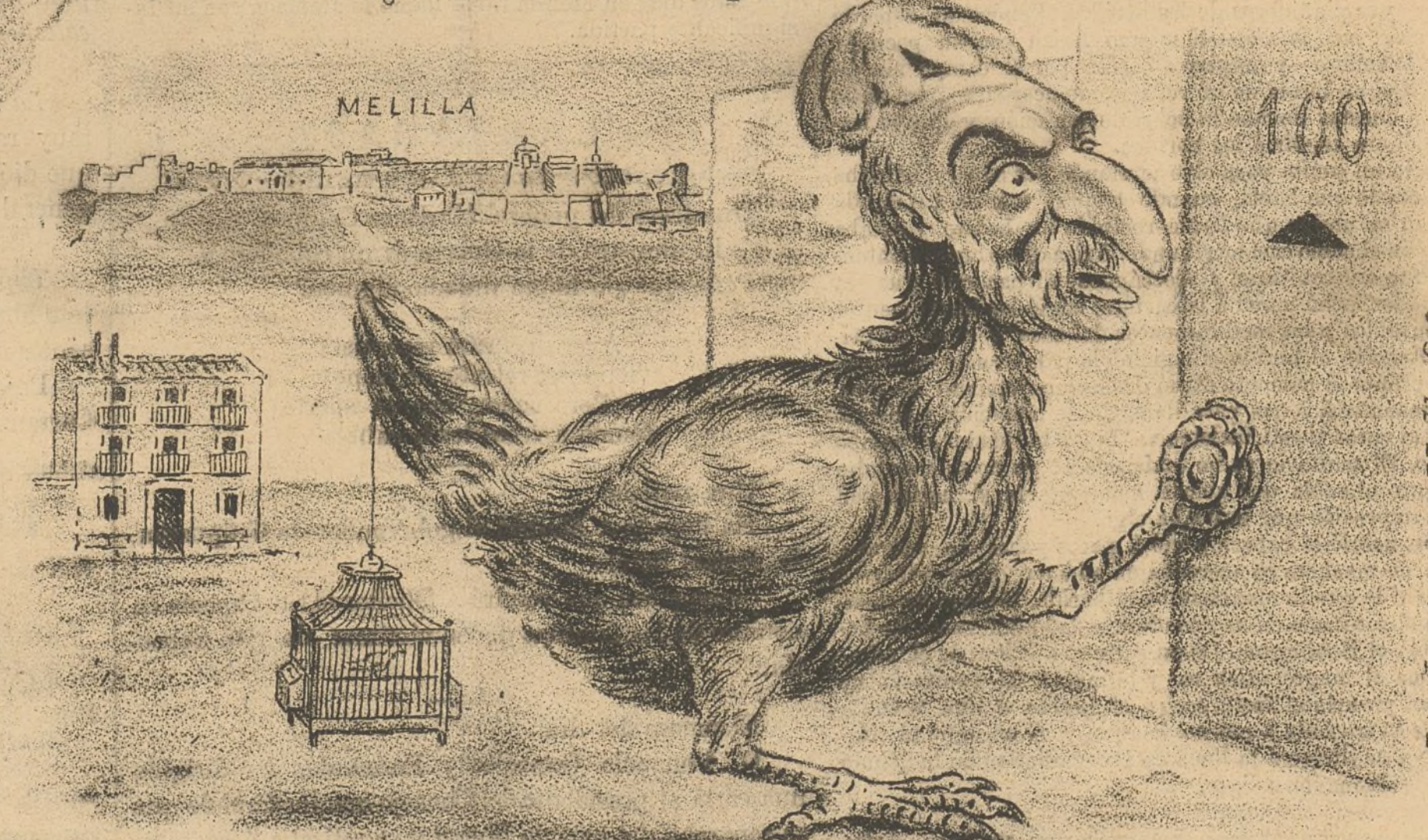
EL CAPITAN ARIZA.



El general Martinez Campos revistando el ejército de Africa.



Aprehension de ganado de los moros por los guerrilleros de la muerte.



¿Con que ni á Melilla ni á mi casa? Pues al Ministerio á ... obrar.

Lit. Jesús del Valle 36.

¡Y le propuso Ali-López, así lo dicen papeles: ¡aquél que juraba á gritos morir antes que vencerse; aquel para el cual la vida fué cuestión de vida ó muerte!

¡Con cuánta razón paraba sus arrebatos... forenses el moro Práxedes viejo, diciéndole:—Mira, Pepe, serénate, Ali-Domínguez, Ben López, calla y accede; ¿A dónde has de ir que más valgas? ¡mitame y no te alteres

A MELILLA Ó A MI CASA

El general López ha demostrado de esta vez que no es capaz de ir á ninguna parte. Había declarado solemnemente que se marcharía á Melilla ó á su casa. Y en efecto, se ha «quedado» en el Ministerio de la Guerra. ¡Oh, los hombres de carácter!

Tratábase, no ya de una cuestión de amor propio, sino de una cuestión de dignidad. «Considero una obligación—había dicho—el dirigir personalmente las operaciones del ejército expedicionario.»

Y he aquí que ese hombre se ha resignado á faltar á su deber, á cambio de continuar usufructuando la cartera de Guerra...

Da tristeza el pensar á qué extremo ha llegado el rebajamiento de la gente. Después de las vergüenzas de esta última crisis, conjurada gracias á las habilidades de Sagasta, cierta parte de la prensa ha solicitado de la opinión una tregua política. Es decir, que se nos aconseja que seamos cómplices y encubridores del gobierno.

Esa tregua hubiera tenido razón de ser, si el Sr. Sagasta, teniendo en cuenta los mandatos de la opinión, hubiese arrojado del ministerio á los Sres. Moret y López Domínguez.

Pero no ha sido así. El presidente del Consejo, no ha querido en estos momentos afrontar las contingencias de una crisis. Teme que los conservadores, que ya van teniendo hambre, le usurpen el puesto. Y todavía, viejo y enfermo, siente como en los buenos tiempos de su juventud, el ansia irresistible del poder.

Si supiésemos cumplir con nuestros deberes, con los deberes que nos impone el amor á la patria, hubiésemos obligado al general López á que se retirase á su hogar.

Ese hombre, por sus insensateces y torpezas, se ha incapacitado para seguir al frente del ministerio de la Guerra...

El lo ha dicho y repetido, hasta la saciedad.

—«O á Melilla ó á mi casa.»

Pero, por lo visto, el general es hombre que, aun teniendo ropa negra, no va á ninguna parte.

ARIZA GUERRILLERO

El heroico capitán Ariza, á poco de haber estallado la guerra insurreccional de Cuba, y hallándose estudiando los primeros años de Medicina, sentó plaza de soldado, ingresando en el cuerpo de Sanidad Militar en clase de sanitario, mereciendo por sus conocimientos y por su ilustración el que fuese nombrado cabo.

Incorporado á un regimiento del ejército de Cuba pasó á aquella isla, y llevando á la espalda la bolsa de curación, asistió por primera vez en su vida á un combate, en el cual entró en fuego el regimiento á que pertenecía. Ariza estaba encargado de dar, tras las guerrillas, los primeros auxilios á los heridos; pero al oír los primeros disparos y al generalizarse la acción en medio de un fuego nutrido y ensordecedor acompañado de los toques de corneta, de las voces de mando y de los ayes plañideros de los heridos, llenóse de espanto y de terror; tuvo miedo,—el mismo Ariza con su peculiar gracejo lo refiere—y empezó á correr por el campo sin dirección fija, en busca de un refugio, sin acordarse para nada de que á cuestras llevaba la bolsa de curación y que la misión de él era asistir á los heridos.

Iba de un punto para otro corriendo, sin saber dónde iba ni siquiera lo que hacía, cuando tropezó con un camarada suyo, con un amigo que había recibido un balazo y estaba tendido en el suelo casi moribundo. Ariza díjose cuenta entonces de que era sanitario, y acercándose al paciente, que era un gastador, echó mano á la cartera, cogió los instrumentos indispensables y los medicamentos del caso y curó de primera intención al herido, dirigiéndole palabras de consuelo.

De pronto el paciente abrió desmesuradamente los ojos, miró fijamente á Ariza para llamarle la atención y dirigió repetidas veces y con insistencia la vista hacia el campo enemigo. El sanitario ya no tenía miedo, ya no se acordaba del peligro ni sabía qué quería manifestarle el herido con aquella expresión que indicaba algo.

Ariza volvió la cabeza y vió á pocos pasos un negrazo, que con un machete se acercaba en ademán de agredirle.

He ahí lo que le manifestaba el herido. Sin perder tiempo miró el sanitario en su rededor: al lado del gastador herido había el Remington. De un salto se apodera de él, encara el arma al negro; dispara y le mata. El sanitario no abandona ya más el fusil; carga el herido á una acémila para que lo traslade á puesto seguro, y él empuña el Remington y se dirige á la línea de los combatientes luchando en el sitio de mayor peligro.

¡Ya se reveló el soldado!

Desde entonces, apenas comenzaba un combate, Ariza se apoderaba de un fusil y dejaba de ser sanitario para

convertirse en bravo combatiente, hasta que un día el coronel de su regimiento, á quien habían llegado noticias de la intrepidez del sanitario, le llamó y le propuso cambiar de situación si deseaba portarse como se portaba, pues quedaban sin sanitario cuando lo habían de menester más.

Ariza aceptó gustoso convertirse en soldado, y el coronel le entregó un fusil y equipó y le respetó el galón de cabo que llevaba en la manga de la chaqueta.

De cabo de sanitarios pasó á ser cabo de tropa de línea.

Ariza, en todos los encuentros con los insurrectos, se portó como un valiente y dió muestras de temerario arrojo, llegando á mer cer la distinción de todos sus compañeros y de sus jefes, quienes tenían el especial gusto de echar un párrafo con él tan pronto como la ocasión les deparaba el poderlo hacer.

Un día el cabo Ariza concibió el medio de apoderarse de un cabecilla llamado don Paco y conocido por el Brujo, terror de la comarca donde operaba el regimiento de referencia, y que tenía el don de desaparecer y no librar nunca batalla alguna decisiva. Ariza manifestó su pensamiento á su coronel, y éste, que sentía simpatías por el joven cabo, se prestó á secundarle en la empresa. Ariza pidió únicamente 25 hombres y un corneta que voluntariamente decidieron ir con él, sin saber empero á lo que iban.

Ariza les arengó, les dijo que correrían peligro de perder todos, que si había alguno que no se sintiese con valor que desistiese de ir con él. Ninguno desistió. Le salió con el valiente cabo, por cuyo motivo Ariza se puso á la cabeza de su gente y, provisto de un guía del país, emprendió la marcha por entre cerros y cañadas en busca de la madriguera donde se ocultaban los insurrectos. Llegaron á un sitio montañoso, en el cual había una vereda muy oculta. Ariza concibió que por allí debía pasar el cabecilla á su retirada y le afirmó más en su concepto el guía.

A la sazón pasó una muchacha, y le preguntaron si conocía el Brujo, y dijo que sí, por cuyo motivo Ariza detuvo á la muchacha para que le indicase quién era el cabecilla cuando llegase á aquel sitio; distribuyó á su gente, ocultándola entre los matorrales, dióles orden de que ninguno se moviese hasta que él hubiese hecho el primer disparo; ordenó al corneta tocar ataque primero y después lo que quisiera, tan pronto el hubiese disparado su Remington, y púsose al acecho vigilando el monte y prestando atento oído.

Lejos de allí, al sitio donde había dejado su regimiento, había comenzado la lucha.

Los disparos de fusilería se oían muy apagados y profundos. Fueron luego haciéndose más claros, observándose que los hacían más cerca. De pronto cesaron, y ya no se oyó otra cosa que el rumor de gente que se acerca caminando al paso. La conversación cada vez se oía más cercana.

El acento de los que hablaban indicaba bien claro que eran gente del país. Ariza se agachó detrás de una mata situada en el centro de la vereda, y con él se ocultó también la muchacha que debía indicarle quién era el Brujo. El cabo estaba intranquilo y nervioso: más de cincuenta veces comprobó si el fusil estaba cargado; temía errar el tiro: estaba en la zozobra propia de quien se lanza á tan temeraria empresa.

Los insurrectos fueron subiendo y llegaron al sitio donde se hallaba Ariza con su guerrilla. ¿Quién es don Paco, niña, preguntó el cabo?—Míe uté, zeñor, el de los quevedos; el que va delante, repuso la niña.

Ariza no quiso saber más, preparó su Remington, apuntó, hizo el disparo y el cabecilla rodó por el suelo bañado en su propia sangre.

El corneta rompió á tocar ataque; los guerrilleros de Ariza salieron de sus escondites haciendo fuego sobre la partida, y Ariza con ellos dándoles el ejemplo; la niña quedó aturdida sin acertar á moverse de aquel sitio, mientras que aquellos 25 hombres corrían como fieras persiguiendo á los insurrectos, que á la desbandada huían sin cuidarse de hacer fuego.

Ariza dió la voz de alto. Cesó el fuego volvieron atrás los soldados para recoger la cabeza del Brujo operación que realizó Ariza, y partieron en dirección á Negros, punto donde debían reunirse á su coronel.

La niña fué conducida á Negros por el cabo y protegida por el regimiento que cuidó de hacerla instruir.

Ariza cuando llegó á presentar la cabeza del Brujo á su coronel fué felicitado y vitoreado por sus camaradas y recibió por tal hecho los galones de sargento, primer grado alcanzado por acción de guerra llegando en hechos sucesivos á lograr el grado de capitán al cabo de tres años de haber ingresado en las filas.

Este fué el comienzo de la carrera militar del caudillo que estos días en Melilla tanto llama la atención con su insignificante partida.

LANZADAS

Una frase del general Martínez Campos:

—«El ministro de la Guerra es un caballero.»

Pero, qué ¿lo había dudado alguien?

Ayer decía un reservista viendo el retrato de López:
—¡Pero señor, cuánta suerte tienen á veces los hombres!

Una noticia:

Ha llegado á Madrid el gobernador de Guipúzcoa, D. Rafael Barrio.

Suponemos que vendrá á felicitar al Sr. Sagasta en nombre de las familias de las víctimas de San Sebastian.

El suceso del día:

D. Venancio González y Fernández ha dirigido una carta al presidente del Consejo manifestándole que se separaba del partido liberal y se retiraba á su casa.

¡Dios mío, qué desgracia!

¡Abandonar D. Venancio la carrera de hombre público!

¡Qué va á ser de nosotros!

—Se ha conjurado la crisis
—¡Caramba, cuanto lo siento!
—¡Otro desengaño más para el pobre D. Alberto!

El heroico coronel Morera ha sido agraciado con la cruz del Mérito Militar.

Ya saben ustedes que el exservidor de D. Carlos prestó muy buenos servicios á la causa del orden en el motin que promovieron los barrenderos el verano pasado.

¡Y claro, había que premiar esos servicios!

Solamente que nosotros en vez de darle una cruz le hubiéramos regalado una escoba de honor.

Han terminado las sesiones del Congreso Eucarístico.

Y D. Emilio, ¡nadá!, sin decir esta boca es mía.

En la semana pasada ha sido denunciado dos veces nuestro querido colega *El Ideal*.

¡Oh, ese fiscal de su magestad es un hombre terrible!

—¿A Melilla? don Arsenio

—¿Y López adónde va?

—Pues á la guerra.

—¿A la guerra?

—A la guerra, pero acá.

Título de un artículo de *El Imparcial*:

«Se necesita un hombre de Estado.»

¡Caramba, pues ahí tienen ustedes á Angulo!

Suelen ser malos ministros los acabados en t: es decir, pongo por caso López, Gamazo y Moret.

Tampoco han salido buenos los acabados en a: como Puigcerver, Sagasta, Capdepón y Prendergast.

Y, hablando generalmente, tan malos suelen salir los que terminan en Maura y concluyen en Pasquín.

Dicen que *Sidi* Moret se ha comprado una chilaba, y que la gente le grita: —¡Si no tienes espingarda!

Libros:

Almanaque de La Saeta, para 1894.—Contiene muchos y buenos grabados, y gran número de artículos y poesías.—Precio: 50 céntimos. Una verdadera ganga.

El conflicto de Melilla y la cuestión hispano-marroquí.—Folleto de cuarenta páginas, muy bien escrito y muy bien pensado, original de Odón de Buen, el popular redactor de nuestro querido colega *Las Dominicales*.—Precio: 50 céntimos.

La resistencia gallega.—Discurso muy elocuente y muy razonado acerca del movimiento de protesta á que dió origen el proyecto de supresión de la capitania general de Galicia, por D. Carlos Martínez Esparís.

Impresiones de viaje, por Carlos Isnér.—Forman este libro varias narraciones descriptivas, tan interesantes como amenas.

Precio: dos pesetas.—Véndese en casa de su autor Carranza, 12, y en las principales librerías.

Representantes de DON QUIJOTE
EN EL EXTRANJERO Y ULTRAMAR

PARIS.—D. Carlos Casero.—81 Avenue Wagramm.
LISBOA.—D. Pedro Serrano.—Rua Magalena, 192.
BUENOS AIRES.—D. Avelino Osorio.—Rodríguez Peña, 142.
HABANA.—D. Antonio López.—Obispo, 37.
SAN JOSE DE COSTA RICA.—D. Antonio Fou.—Apartado 419.

Imp. de Diego Pacheco, Espíritu Santo, 41, Madrid.